

La democracia en El Salvador

El 19 de marzo de 1989, en medio del terror desatado por los guerrilleros del Farabundo Martí, el pueblo salvadoreño eligió a su nuevo Presidente. No lo detuvo ni las balas, ni las bombas, ni el sabotaje de los enemigos de la democracia. Una vez más, los salvadoreños desafiaron a quienes se oponían a la consulta popular para que no se hiciera evidente su carencia de apoyo ciudadano. Pese a la falta de transporte, de agua y de fluido eléctrico, saboteados por la guerrilla comunista, la enorme mayoría de los ciudadanos salvadoreños se echó a la calle para concurrir a las urnas electorales.

No era la primera vez que lo hacían en circunstancias tan peligrosas. Ya en las cinco elecciones efectuadas entre 1982 y 1988, los salvadoreños concurren a los lugares de votación con el arma del voto en la mano. Un arma que ha demostrado ser mucho más poderosa que las ametralladoras y las granadas que utilizan los asesinos del Frente Farabundo Martí.

Hace cinco años, en sus primeras elecciones presidenciales verdaderamente libres, los ciudadanos de El Salvador eligieron como su Presidente a Napoleón Duarte. Lo escogieron porque, sobre cualquier otra consideración de programa de gobierno, sabían que este viejo luchador por la democracia no los defraudaría en su empeño por construir en El Salvador un régimen de derecho donde el sufragio, y no el poder militar, decidiera quién había de gobernar el país. Y Duarte no los defraudó. Venciendo los obstáculos que le interpusieron los políticos, los guerrilleros y la naturaleza —incluyendo un cáncer terminal en el hígado que quiso arrebatárle la vida antes del final de su mandato— Duarte se mantuvo firme en su propósito de presidir las más libres elecciones para escoger su sucesor. Quería ser el primero en entregarle el poder a un gobernante civil, como él, electo tan libremente como lo había sido él. Y, en cierta forma, la providencia lo ha premiado en sus esfuerzos al permitir, no sólo que se celebraran esas elecciones presidenciales, sino también, al permitir que el pueblo eligiera como su sucesor a Alfredo Cristiani, jefe de la oposición mayoritaria a su propio gobierno.

Porque el hecho de que la oposición pueda ganar unas elecciones al Gobierno, es prueba irrefutable en cualquier país, de que existe un régimen electoral libre. Nadie podrá decir que en El Salvador, Napoleón Duarte utilizó el poder del Gobierno para que su sucesor fuera un miembro de su partido. Con la derrota de la Democracia Cristiana, Napoleón Duarte ha logrado su consagración como verdadero demócrata. El Presidente electo por la mayoría absoluta de los salvadoreños, Alfredo Cristiani, es en casi todos los aspectos un hombre diferente a Napoleón Duarte. No es, como Duarte, un político profesional. Es un novicio en política, ya que hace apenas cinco años comenzó su participación activa en ARENA. Es un empresario exitoso, un hombre que ha sabido administrar sus empresas y se propone administrar con la misma eficiencia el Gobierno. Comparte, sí, con Duarte, su empeño en hacer de El Salvador una democracia moderna, y el valor con que se enfrenta a los enemigos de la libertad.

Tuve el privilegio de conversar con él durante las elecciones parlamentarias de 1988, cuando ya se perfilaba como el futuro Presidente de El Salvador y me convenció su tésitura democrática. Lo vi el domingo último en su hora de triunfo, guardando la compostura, predicando moderación, y conservando la calma



GONZALO
J. FACIO

ante las impertinencias de la prensa extranjera, que pretendía inútilmente presentarlo como un troglodita.

Lo vi también en la televisión de los Estados Unidos salir triunfante del programa Night Line, que dirige Ted Koppel, uno de los periodistas más sarcásticos, agudos y destructores de la elite televisora de los Estados Unidos. Accediendo a la impertinencia de Koppel, al día siguiente de su victoria electoral, Cristiani no tuvo inconveniente en aparecer en el programa de este feroz interrogador al lado de Rubén Zamora, líder de la Coalición Izquierdista—brazo político de la guerrilla asesina—. Y como si se tratara de un debate entre iguales políticos, el ungido por su pueblo y el representante de un movimiento que sólo alcanzó el 3 por ciento de la votación, Cristiani respondió, sin inmutarse, sin perder ni por un segundo su compostura y serenidad, en un inglés quizás superior al del propio Koppel, todas las preguntas impertinentes con que Koppel quería confundirlo, y todas las manifestaciones inauditamente arrogantes de Zamora, quien, no obstante haberse demostrado que el pueblo no apoyaba ni a la guerrilla ni a su brazo político, seguía argumentando como si ellos fueran los únicos representantes de ese pueblo, y no aquellos como Cristiani, a quienes el pueblo había preferido.

Cristiani ha dicho, cuando era candidato y ha repetido ahora que es Presidente electo, que respetará la reforma agraria llevada a cabo durante el gobierno demócrata—cristiano, y que concederá la propiedad legal a los que cultivan la tierra que ha sido redistribuida. Pero nadie espera que ponga en ejecución el resto del programa agrario que, prácticamente, el Gobierno de los Estados Unidos impuso al caer la dictadura, como condición para mantener la ayuda económica y militar contra la guerrilla.

Y, como lo ha señalado la embajadora Jeane Kirkpatrick, resultaría ahora particularmente impropio que Estados Unidos tratara de imponerle a El Salvador un programa de redistribución de la tierra que los estadounidenses jamás aceptarían para su propio país.



Claro está que los Estados Unidos tienen el derecho a decidir a quién le prestan ayuda y a quién se la niega. Esa decisión depende de los intereses de la propia super potencia norteamericana. Pero no tienen derecho a tomar decisiones sobre la política nacional de otros países. Estados Unidos tiene que seguir interesado en que cerca de sus fronteras se mantengan gobiernos democráticos independientes, que no permitan que su país sea utilizado por potencias hostiles. Por lo tanto a los Estados Unidos le interesa seguir brindando ayuda a El Salvador, aunque los líderes estadounidenses, demócratas o republicanos, preferían que el pueblo salvadoreño hubiera escogido a otro candidato presidencial.

Sin ambages, Cristiani reconoció que mantendría muchas de las reformas socio-económicas realizadas en El Salvador a partir de la revolución contra los gobiernos militares. Y más aún, que lejos de pretender regresar a El Salvador de antes, estaba empeñado en modernizar las estructuras político-económicas de su país, para que todos los salvadoreños pudieran vivir mejor.

También, Cristiani se manifestó dispuesto a negociar con las guerrillas un cese de fuego, y a olvidar generosamente los abominables crímenes cometidos por los combatientes comunistas, con la condición de que éstos dejaran las armas, y, para que, si quisieran continuar su aspiración a cambiar el sistema salvadoreño, se integraran pacíficamente al proceso político democrático.

A lo que no está dispuesto Cristiani, como nunca lo estuvo Duarte, es a compartir el poder con los representantes de la guerrilla, que no han sabido ganárselo, ni en los campos de batalla, ni menos, mucho menos, en las urnas electorales.